

EL EXTRAÑO CASO DEL “VARÓN DE DIOS” DE JUDÁ

1 Reyes 13

EL CONTEXTO HISTÓRICO

TEXTO 1 Reyes 13:1-10

Para entender la parte difícil de este capítulo (vv. 11-32), tenemos que comenzar analizando el contexto histórico. También tendremos que considerar el desenlace de la historia, que se encuentra en los vv. 33-34.

Por el pecado de Salomón, principalmente la idolatría, Dios quitó diez tribus de la dinastía de David y dejó al hijo de Salomón una sola tribu – la de Judá (1 R. 11:4-13). ¡La desobediencia provoca la disciplina del Señor! Por orden de Dios, las diez tribus fueron entregadas a Jeroboam (1 R. 11:29-31). El Señor le indicó a Jeroboam que lo estaba haciendo por la idolatría de Salomón (1 R. 11: 33), y le exhortó a que sea fiel a Dios y no caiga en el mismo pecado (1 R. 11:38). Lamentablemente, Jeroboam no hizo caso a la Palabra de Dios, y al final él mismo promovió la idolatría entre las diez tribus de Israel (1 R. 12:25-33).

Fue en ese contexto que Dios envió al profeta de Judá a Bet-el para declarar el juicio de Dios (1 R. 13:1). El texto bíblico lo llama “*un varón de Dios*”. Bajo las órdenes de Dios, clamó contra el altar idolátrico en Bet-el y anunció una señal (vv. 2-3). El rey Jeroboam reaccionó mal y Dios lo juzgó, paralizando su mano (v.4). Esto, sumado a la señal que se cumplió (v. 5), generó en Jeroboam un aparente arrepentimiento, y éste pidió al profeta que intercediera por él (v. 6). Aliviado por la restauración de su mano, Jeroboam invitó al profeta a su casa para comer, prometiéndole un regalo (v. 7). Pero el profeta se negó hacerlo, afirmando que tenía ordenes de Dios de volver a Judá inmediatamente, sin comer o beber en Bet-el (vv.8-9). El profeta cumplió al pie de la letra la orden de Dios, volviendo por otro camino (v. 10).

Lo que viene a continuación, en 1 Reyes 13:11-32, debe entenderse a la luz de este contexto. Un “*viejo profeta*”, que vivía en Bet-el tendió una trampa al profeta de Judá (vv. 14-18). Para tener una idea acerca de la motivación del “*viejo profeta*” habría que reflexionar sobre por qué este profeta vivía en Bet-el y cuál habría sido su reacción al escuchar el mensaje que el profeta de Judá dio al rey Jeroboam. Por otro lado, para entender por qué el profeta de Judá cayó en la trampa, habría que reflexionar sobre qué estaba haciendo “*sentado debajo de una encina*”, y qué pensamientos podrían haber pasado por su mente en ese momento de descanso (v. 14).

Otra pregunta importante es ¿por qué Dios le dio una verdadera palabra profética al “*viejo profeta*” de Bet-el que mintió (vv. 20-22)? ¿Qué será lo que Dios le quería enseñar por medio de esa palabra profética? Eso quizás explique por qué, luego de la muerte del profeta de Judá, el profeta viejo se preocupó por darle una buena sepultura (vv. 26-30), incluso ordenando a sus hijos a enterrarlo en la misma tumba (vv. 31-32). ¡Evidentemente llegó a admirarlo! En parte, esa admiración se debió a que, aunque Dios ordenó a un león matar al profeta de Judá, también le prohibió que lo comiera, y, además, que no tocara su asno (vv.24-25, 28). ¡Hay muchos detalles aquí para reflexionar!

EL ENGAÑO DEL PROFETA DE BET-EL

TEXTO 1 Reyes 13:11-19

La Biblia afirma que en ese tiempo vivía en Bet-el “*un viejo profeta*” (v. 11). El autor no afirma que fue un profeta falso, así que la conclusión a la cual llegamos es que se trataba de una persona que fue un verdadero profeta en su juventud, pero que al pasar los años se había ‘enfriado’ espiritualmente. La pregunta que nos hacemos es: “¿Qué estaba haciendo un antiguo profeta del Señor viviendo en Bet-el, en medio de tanta idolatría?”

Las Escrituras nos indican que cuando ocurrió la ruptura de las doce tribus y Jeroboam instituyó la idolatría en el reino del norte, tanto los sacerdotes, como los ciudadanos que amaban al Señor se trasladaron a Judá para mantenerse fiel a Jehová (2 Cr. 11:13-14, 16-17). ¿Por qué no lo hizo este profeta? ¿Por qué no había puesto “*su corazón en buscar a Jehová Dios de Israel*”, como lo hicieron muchos otros (2 Cr. 11:16)? ¿Por qué no quiso fortalecer el reino de Judá y confirmar al legítimo descendiente de David (2 Cr. 11:17)? No sabemos; pero obviamente puso las cosas de este mundo y sus intereses personales por encima de su fidelidad de Dios. Siendo un profeta, debió condenar la idolatría de Jeroboam; pero no lo hizo. Se quedó viviendo en Bet-el, con sus hijos, y dejó de servir a Dios.

Por consiguiente, cuando sus hijos le comentaron lo que el profeta de Judá había dicho al rey (1 R. 13:11), lo más probable es que eso afectó su conciencia. Sin embargo, lejos de buscar al profeta de Judá para confesar su pecado y reconciliarse con Dios, lo buscó para mentirle y tenderle una trampa.

El texto bíblico dice explícitamente que sus hijos le contaron lo que el profeta de Judá dijo a Jeroboam, que debió incluir las palabras acerca de no quedarse para comer en Bet-el (“*las palabras que había hablado al rey*”, 1 R. 13:11b). A pesar de eso, el viejo profeta reiteró la invitación que le había hecho el rey: “*Ven conmigo a casa, y come pan*” (1 R. 13:15). Es decir, a propósito, le invitó a hacer lo que Dios le había prohibido hacer. ¿Por qué lo hizo? ¿Será que quería inducir al profeta de Judá a desobedecer a Dios, tal como lo había hecho él mismo al quedarse en Bet-el?

Fiel a la orden de Dios, el profeta de Judá se negó aceptar dicha invitación, citando las palabras del Señor (1 R. 13:16-17). Luego, “*el otro le dijo, mintiéndole: “Yo también soy profeta como tú, y un ángel me ha hablado por palabra de Jehová, diciendo: Tráele contigo a tu casa, para que coma pan y beba agua”*” (1 R. 13:18). ¡Qué descarado! Se atrevió a tomar el nombre de Dios en vano, con el fin de engañar al profeta de Judá. No solo era mentiroso; itenía un corazón malvado! En su accionar, vemos reflejada la mente de Satanás en el huerto de Edén, contradiciendo la palabra de Dios e induciendo a una persona que estaba sirviendo a Dios a desobedecer Su mandato.

Matthew Henry observa que en 2 Reyes 23:18 se afirma que este profeta “*había venido de Samaria*”. Eso no era literalmente cierto, puesto que la ciudad de Samaria no se construyó hasta años después. Matthew Henry opina que el texto bíblico describe al “*viejo profeta*” de esta manera porque, como afirma Jeremías, “*los profetas de Samaria... hicieron errar a Mi pueblo de Israel*” (Jer. 23:13). Cabe la posibilidad de que este profeta viejo, queriendo salvar su conciencia y quedar bien con el rey Jeroboam, engañó al profeta de Judá para indicar que no era de confiar.

Otro factor podría ser que sus hijos estaban participando en el culto en Bet-el. Quizá estaban entre los falsos sacerdotes que Jeroboam instituyó en Bet-el (1 R. 12:31-32). Eso explicaría el conocimiento que tuvieron de lo que el profeta de Judá dijo cuando Jeroboam ofreció sacrificios en Bet-el (1 R. 13:1-2, 11).

De todos modos, lo que queda abundantemente claro es que este “viejo profeta” a propósito mintió al siervo de Dios, con el fin de salvar su conciencia o sacar algún provecho personal.

LA DESOBEDIENCIA DEL “VARÓN DE DIOS”

TEXTO 1 Reyes 13:14-19

No sabemos el nombre del “varón de Dios”, pero evidentemente fue un hombre valiente. No fue nada sencillo ir al Reino del Norte para denunciar el pecado de Jeroboam. Lo hizo porque Dios le ordenó hacerlo (“*por palabra de Jehová*”, 1 R. 13:1).



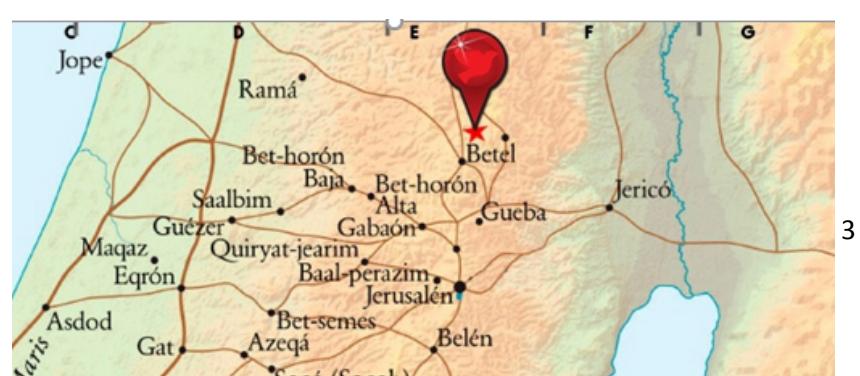
No sabemos en qué parte de Judá vivía; pero lo que queda claro del mapa de Judá e Israel es que no tuvo que incursionar mucho en el territorio del norte, porque la ciudad de Bet-el quedaba a unos cuantos kilómetros de la frontera.

La orden de Dios fue muy sencilla: “Anda al norte, proclama el mensaje del Señor contra Jeroboam y el altar en Bet-el, y luego vuelve al territorio de Judá. Bajo ninguna circunstancia debes quedarte en Bet-el, ni para comer pan o beber agua” (vv. 8-9).

Con ejemplar obediencia, el varón de Dios cumplió al pie de la letra la orden divina, resistiendo la tentación de tomar alimentos con el rey Jeroboam, a pesar de la promesa de recibir “*un presente*” (v. 7). Aun cuando el “viejo profeta” lo invitó a volver a su casa, se negó, repitiendo lo que le había dicho al rey (vv. 15-16). Sin embargo, cuando el profeta de Bet-el le mintió, diciendo que recibió una orden divina de llevarlo a su casa para tomar alimentos (v. 18), el “varón de Dios” desobedeció la orden que el Señor le había dado, y volvió con el profeta mentiroso.

Nuestra primera reacción es sentir pena por el “varón de Dios”, porque pensamos que seguramente tomó en serio la palabra del profeta y fue engañado. No obstante, el juicio de Dios que cayó sobre él da a entender que la cosa era más seria de lo que parece a primera vista. Si un hombre sigue el consejo de uno que es mayor en la fe, es difícil creer que Dios le quitaría la vida. Algo más debe estar en juego en este pasaje de lo que vemos a primera vista.

El primer detalle que el texto bíblico ofrece es que el profeta de Bet-el lo encontró “sentado



debajo de una encina" (v. 14). Es obvio que ese tiempo de descanso resultó ser una tentación para el "varón de Dios". Al tomar tiempo para descansar, seguramente se puso a repasar en su mente los eventos de ese día – el altar que se rompió en cumplimiento a su palabra (v. 5), la mano paralizada del rey (v. 4), y la sanidad que vino luego que él orara por Jeroboam (v. 6). En ese momento, resultó muy fácil escuchar la voz de Satanás haciéndole recordar que no recibió ninguna recompensa por su ministerio. ¿Se habrá puesto a pensar que eventos tan dramáticos merecían siquiera un almuerzo? Quizá empezó a sentir que Dios pedía mucho de él, pero le daba poco.

Un comentarista observa: "El varón de Dios creyó al profeta de Bet-el porque seguramente lo que le dijo encajó con lo que su propia mente y carne deseaba. Resultó ser difícil para él completar el viaje sin haber recibido algún reconocimiento o alguna recompensa, y aquí se presentó la oportunidad de recibirla. Por lo tanto, la facilidad con la que creyó al viejo profeta se debió al engaño personal. Por eso, para cualquiera que conoce algo del corazón humano, el juicio que cayó sobre él es razonable, dada la tendencia que todos tenemos de dar rienda suelta a nuestros propios deseos" (Ellicott).

Algo así debió haber pasado esa tarde y lo expuso al peligro del engaño espiritual. Si el "varón de Dios" escuchó con claridad la palabra profética, en el v. 1, ¿cómo cayó en la trampa de prestar atención al profeta del norte cuando le dijo una palabra mentirosa? La pregunta se hace necesaria, especialmente si tomamos en cuenta algunos elementos que fácilmente le habrían alertado, despertando cierta duda acerca de lo que el profeta le dijo.

- "Yo también soy profeta como tú" (v. 18a). La verdad es que él no era nada semejante al "varón de Dios" de Judá, porque de serlo, él mismo habría denunciado los pecados de Jeroboam. Es más, si fuera un verdadero profeta se habría trasladado a vivir en Judá; no hubiera quedado entre la idolatría que se manifestaba en Bet-el. Sus hechos indicaban que no era una persona que estaba en buena comunión con Dios.
- "un ángel me ha hablado por palabra de Jehová" (v. 18b). Esto sonaba impresionante. No obstante, el varón de Dios debió haber aplicado el principio que el apóstol Pablo enuncia en Gálatas 1:8. Aunque un ángel le hubiera proclamado otro mensaje diferente del que había escuchado directamente de Dios, no debió haber prestado atención.
- "Entonces volvió con él" (v. 19). En cada paso que tomó de regreso a la casa del profeta en Bet-el, una voz retumbó en la conciencia del varón de Dios. El Señor le había dicho: "ni regreses por el camino que fueres" (v. 9). El verbo traducido "regreses" es '**shub**', y es el mismo verbo que la versión Reina Valera traduce "volvió" (v. 10), "volver" (v. 16), "regreses" (v. 17), "Tráele" (v. 18), "volvió" (v. 19), "volviste" (v. 22) y "hecho volver" (vv. 23, 26). Claramente se trata de un concepto importante en el relato. La importancia de este término se debe a que es el mismo verbo que Dios usó cuando le advirtió a Salomón del peligro de 'volverse' de Dios a los ídolos ("si os apartareis", '**shub**'; 1 R. 9:6). Lo que estaba en juego en los dos reinos – el de Judá y el de Israel, era ¿a qué Dios iban a servir? ¿A Jehová o a los dioses de la tierra de Canaán? Luego de la apostasía de Salomón, lo que su hijo debió hacer era volver a Jehová de todo corazón. Por su lado, Jeroboam debió hacer lo mismo. No obstante, fue precisamente porque no quería que el pueblo volviera ('**shub**') al culto a Dios en Jerusalén, que Jeroboam instituyó el culto a los ídolos (1 R. 12:26-27). Por lo tanto, cuando el varón de Dios decidió 'volver' a Bet-el estaba negando la esencia del mensaje que proclamó a Jeroboam. Jeroboam 'se volvió' de Dios a los ídolos

por conveniencia personal; y ahora, el varón de Dios, que fue enviado a juzgar a Jeroboam por lo que hizo, cayó en la trampa de hacer exactamente lo mismo – ‘se volvió’ del mandato de Dios, para recibir una recompensa por su ministerio.

- “*has sido rebelde al mandato de Jehová, y no guardaste el mandamiento que Jehová tu Dios te había prescrito*” (v. 21). En otras palabras, el varón de Dios, con esa acción aparentemente tan sencilla, fue culpable del mismo pecado de Salomón y Jeroboam. Ambos reyes se rebelaron contra la revelación de Dios y fueron juzgados por hacerlo. Ahora, el varón de Dios, que fue enviado para anunciar el juicio de Dios contra Jeroboam, cometió el mismo pecado de rebeldía espiritual.
- “*Cuando había comido pan y bebido*” (v. 23). Este dato es interesante, porque da a entender que el varón de Dios no estaba apurado por reaccionar ante el juicio de Dios o pedir perdón al Señor por su rebeldía. ¡Ni siquiera lo reconoció! Jeroboam actuó mejor que él, porque por lo menos dio indicios de arrepentimiento y pidió la misericordia de Dios por lo que había hecho (v. 6). Si el “varón de Dios” oró tan eficazmente por Jeroboam, ¿por qué no lo hizo por sí mismo, luego de ser convencido de pecado? Esa falta, quizás, dice mucho de lo que había en su corazón en ese momento.

¿Qué lecciones podemos aprender de este incidente?

- i. Cuando Dios nos manda hacer algo, hagámoslo con un espíritu de urgencia. Dios advirtió al profeta de Judá a no quedarse en Israel para comer; eso debió alertarlo a que habría cierto peligro de quedar mucho tiempo en el territorio donde el pecado abundaba. Por lo tanto, lo mejor sería volver cuanto antes a su casa. Allí habría tiempo suficiente para descansar y comer con tranquilidad.
- ii. Luego de servir a Dios exitosamente, tengamos cuidado del contrataque de Satanás, quien querrá derrotarnos. Después de una victoria, debemos estar alerta al peligro de algún engaño espiritual. Recordemos el ejemplo de Israel, cuando fueron engañados por los gabaonitas, luego de la victoria sobre Hai (Josué 9:3-14). Su error fue que “*no consultaron a Jehová*” (Jos. 9:14b). Pedro provee otro ejemplo de este peligro. Luego de haber confesado que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, se volvió vocero de Satanás (Mt. 16:16-19, 22-23).
- iii. Luego de servir a Dios, tengamos cuidado de no relajarnos espiritualmente. Sigamos el ejemplo del Señor, quien luego de un día de arduo trabajo, se levantó temprano para buscar a Dios, y así evitó el peligro de hacer lo que la gente quería que Él haga (Mr. 1:35-39).
- iv. Si Dios nos habla y las circunstancias confirman que efectivamente fue una revelación de Dios, no prestemos atención cuando alguien nos dice otra cosa contradictoria. Por lo menos, debemos esperar una confirmación de la voluntad de Dios, y no hacer cosas porque otros nos dicen lo que Dios quiere que hagamos.
- v. El éxito en el ministerio no nos hace omniscientes; tampoco es una garantía que no seremos engañados. Por lo tanto, siempre estemos alerta espiritualmente, velando en oración, para no caer en una tentación.

UNA PROFECÍA VERDADERA DEL PROFETA DE BET-EL

TEXTO 1 Reyes 13:20-22

Uno de los peligros que enfrentamos al leer la Biblia es la tentación de condicionar a Dios a nuestros criterios. Nos olvidamos de que el propósito de la revelación bíblica es enseñarnos quién Dios es y cómo Él obra en este mundo. Frecuentemente tendremos que poner a un lado nuestros criterios y aceptar lo que Dios revela de Sí mismo. Sería orgulloso de nuestra parte cuestionar la revelación bíblica solo porque no encaja con nuestros conceptos de cómo Dios debe ser.

Por haber mentido y engañado al varón de Dios, uno pensaría que el Señor habría juzgado al profeta de Bet-el. Sin embargo, lejos de hacerlo, le concedió una verdadera revelación profética: *"vino palabra de Jehová al profeta que le había hecho volver"* (v. 20). Esto trae a la mente la experiencia de Balaam, quien respondió al llamado del rey Balac para maldecir a Israel, pero que al final terminó bendiciendo al pueblo de Dios, a través de una serie de verdaderas palabras proféticas (Nm. 23:5, 17-18; 24:2). Recordemos que Dios es soberano; y, aunque por lo general habla por medio de personas que viven conforme a Su voluntad, no está limitado a ello. Puede hablar por quien desea hacerlo, sea por medio de un hombre como Caifas (Jn. 11:49-52) o un animal (Nm. 22:28).

No sabemos en qué manera vino la palabra de Dios al profeta. Lo más probable es que lo impactó mucho. Quizá eso explique la vehemencia con la que comunicó el mensaje del Señor: *"Y clamó al varón de Dios"* (v. 21a). No hay nada más terrible que tener que condenar a otra persona por hacer algo que uno mismo provocó. Además, es interesante notar que el verbo *"clamó"* es el mismo que se usa en el v. 2 para describir la comunicación del mensaje del Señor a Jeroboam, por parte del varón de Dios. El que *"clamó"* a otro, juzgando su pecado, ahora tiene que escuchar a alguien clamar contra Él por la misma razón.

El mensaje que Dios le dio al profeta de Bet-el era uno de juicio contra el varón de Dios. Primero le explicó cuál era su pecado: *"has sido rebelde al mandato de Jehová, y no guardaste el mandamiento que Jehová tu Dios te había prescrito"* (v. 21b). En un sentido, su pecado era peor que el del profeta. Él mintió al varón de Dios y lo indujo a desobedecer al Señor; pero el siervo de Dios desobedeció un mandato claro y específico de Dios, y fue culpable de rebeldía espiritual. Habiendo juzgado a Jeroboam por desobedecer a Jehová, el varón de Judá fue culpable de hacer lo mismo, como el Señor lo detalla en los vv. 21b-22a.

En 1 Corintios 9, el apóstol Pablo nos muestra cuál debe ser la actitud de todo siervo de Dios: *"golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado"* (1 Co. 9:27). El varón de Dios, habiendo denunciado el pecado de Jeroboam, tenía la imperiosa responsabilidad de cuidarse a sí mismo de no caer en el mismo pecado. Lamentablemente, no fue sabio como el apóstol Pablo. ¡Qué sea una lección para nosotros!

Por ser un pecado tan serio, el juicio de Dios fue drástico. El varón de Dios no solo murió, sino que murió lejos de su casa y perdió el privilegio de ser enterrado con sus ancestros: *"no entrará tu cuerpo en el sepulcro de tus padres"* (v. 22b). No vio

nunca más a sus familiares. Quizá era casado y tenía hijos. Ellos también sufrieron por su imprudencia y rebeldía espiritual. Lo habrán esperado algunos días hasta que se dieron cuenta que no volvería nunca más. El peligro de ir al reino del Norte para denunciar el pecado de Jeroboam no resultó ser la reacción de Jeroboam, sino su propia debilidad humana. Dios lo protegió de Jeroboam (v. 4), pero no lo cuidó de sí mismo. Esa era su responsabilidad.

¿Cómo se habrá sentido el profeta de Bet-el, al ser el portavoz de dicho mensaje? Obviamente, el mensaje profético que recibió del Señor lo condenó a él también. Es más, mientras pronunciaba la Palabra de Dios contra el varón de Judá, tuvo que reconocer que él mismo le había mentido y engañado. ¡Qué terrible para él! Su profecía fue un mensaje de Dios para su propio corazón. Tal como el varón de Dios fue juzgado por haber cometido el mismo pecado que condenó en Jeroboam, el profeta de Bet-el fue juzgado por su propia profecía contra el varón de Dios. ¡Qué sabio es Dios en todo Su obrar!

Es muy probable que este mensaje profético de parte del Señor fue la primera vez en mucho tiempo que Dios habló al profeta, y fue un mensaje que Dios usó para el bien espiritual del propio predicador. La advertencia era clara. Si Dios fue tan firme en juzgar a Su siervo, ¿qué no le haría al hombre que lo engañó y lo sedujo espiritualmente a desobedecer a Dios? Tal como el Señor advierte en los Evangelios: *"Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en Mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar"* (Mt. 18:6).

Parte de la multiforme sabiduría de Dios (Ef. 3:10), como también de Su multiforme gracia (1 P. 4:10), es que el Señor se revela a una persona que no lo merece, con el fin de usarlo para hablar a otro, y al mismo tiempo, para que ese mensaje que no mereció recibir sea para su beneficio espiritual. Aquí radica la diferencia entre Balaam y este profeta. Balaam no aprovechó la gracia de Dios en su vida; este profeta sí, como veremos cuando analizamos el desenlace de la historia.

LA EXTRAÑA MUERTE DEL "VARÓN DE DIOS"

TEXTO 1 Reyes 13:23-24

Cuando Jeroboam escuchó la palabra profética acerca del juicio de Dios y experimentó ese juicio en forma personal, exclamó: *"Te pido que ruegues ante la presencia de Jehová tu Dios, y ores por mí, para que mi mano me sea restaurada"* (v. 6). Uno hubiera esperado una reacción similar por parte del varón de Dios después de escuchar la palabra profética (vv. 21-22). ¿Será que no creyó al profeta de Bet-el, pensando que si le había mentido antes podría estar mintiendo otra vez?

No lo sabemos; las Escrituras no nos dicen nada acerca de su reacción ante la palabra profética.

No obstante, el v. 23 da la impresión de que no reaccionó, sino que terminó de comer y luego se alistó para continuar su viaje. La RV 1960 añade: “*el que le había hecho volver le ensilló el asno*” (v. 23b). En el texto original, hay la palabra “profeta”, que la RV no traduce. Algunas versiones dan a entender que el “profeta” era el varón de Dios. Por ejemplo, la BDLA lee: “Y sucedió que después de haber comido pan y de haber bebido agua, aparejó el asno para él, para el profeta que había hecho volver”. Sin embargo, hay un dato importante que debemos tomar en cuenta. A lo largo de este relato, el hombre que vino de Judá es presentado siempre como un “varón de Dios” (vv. 1, 4-8, 12, 14, 21, 26, 29 y 31), mientras que el profeta de Bet-el siempre se lo denomina nada más que “profeta” (vv. 11, 18, 20, 26 y 29). Por lo tanto, es de suponer que el que ensilló el asno fue el profeta de Bet-el, tal como la NVI lo traduce: “Cuando el hombre de Dios terminó de comer y beber, el profeta que lo había hecho volver le aparejó un asno”.

La pregunta es ¿de qué asno se trataba? En los vv. 1-12, no hay referencia alguna a un asno; por lo tanto, concluimos que era un asno que le pertenecía al profeta, quien decidió ayudar al varón de Dios a volver a Judá lo más rápido y cómodo posible. Por eso, la NTV traduce: “Cuando el hombre de Dios terminó de comer y beber, el profeta anciano ensilló su propio burro y se lo dio”. Posteriormente veremos a qué se debió este acto de generosidad por parte del profeta quien ocasionó la muerte del varón de Dios.

En el camino de regreso a Judá, leemos que al varón de Dios le ocurrió un incidente extraño: “*le topó un león*” (v. 24a). El verbo en hebreo significa: ‘le salió al encuentro’ o ‘se presentó’. Evidentemente había leones en ese tiempo en la Tierra Prometida, tal como comprobamos de los siguientes pasajes: Jueces 14:5; 1 Samuel 17:34; 2 Samuel 23:20. Obviamente, este león no apareció por casualidad; fue Dios quien lo envió al encuentro con el varón de Dios, para que se cumpla la palabra profética.

El león mató al varón de Dios, pero tres cosas extrañas ocurrieron enseguida: el león no lo comió, tampoco tocó al asno, y no se alejó del lugar. Más bien, se quedó al lado del cuerpo del varón de Dios y junto al asno (vv. 24-28). Esta escena impresionó a los transeúntes, quienes llevaron el报告 a Bet-el (v. 25). Cuando el profeta se percató de lo sucedido, se dio cuenta que se trataba del varón de Dios, a quien el Señor había juzgado (v. 26).

La Biblia no explica el significado de cómo murió el varón de Dios o de por qué el león no se comió su cuerpo o atacó al asno, pero podemos deducir lo siguiente. Dios no permitió al león comer el cadáver del profeta para que quede claro que su muerte fue el juicio de Dios y no simplemente el ataque fortuito de un león hambriento. En segundo lugar, Dios evidentemente no permitió que el león se lo comiera para que su cuerpo quede para ser sepultado. Veremos el significado de esto en los siguientes estudios. ¡Nada ocurre por casualidad! El león no tocó al asno, por la misma razón; para que quede claro que se trataba de un juicio divino sobre el varón de Dios. Y el león quedó en el lugar para llamar la atención de los transeúntes, protegiendo el cadáver del varón de Dios hasta que el profeta de Bet-el viniera para enterrarlo. Reconocemos que el texto no lo dice explícitamente, pero es una deducción razonable. El Dios que causó la muerte de Su siervo y no permitió que sea enterrado en su propia tierra (v. 22b), veló sobre su cadáver para asegurar no solo que llegue a ser sepultado, sino que su sepultura sea de bendición para otros, como veremos posteriormente. Claramente, se trata de un incidente complejo, lleno de lecciones espirituales.

Muchos consideran que la muerte del varón de Dios fue injusta, o por lo menos que fue un juicio muy severo por parte de Dios. No obstante, el análisis que hemos hecho de la desobediencia del varón de Dios nos lleva a ver que su comportamiento mereció el juicio de Dios, tal como la desobediencia de Adán y Eva (Gn. 3). Sin embargo, es importante recalcar que Dios juzgó a Su siervo en tal manera que su muerte llegó a ser una lección para muchos.

Por medio de su desobediencia, el varón de Dios puso en peligro la efectividad de su ministerio. Así que, Dios le quitó la vida, no solo para que su espíritu sea salvo en el día del juicio final (1 Co. 5:5), sino al mismo tiempo, para que su ministerio perdure por varias generaciones (2 R. 23:17-18). ¡Dios es muy sabio en lo que hace! El problema es que nuestras mentes son muy limitadas, y cuando no entendemos algo que Él ha hecho, pensamos mal de Dios, en vez de pedir Su ayuda para discernir Sus propósitos.

Es obvio que la muerte del varón de Dios llegó a ser muy conocido en la región de Bet-el. Su extraña muerte confirmó el mensaje del Señor a Jeroboam (v. 2; ver vv. 31-32). Además, fue una advertencia a toda la población del peligro de desobedecer a Dios, y sirvió para llamarle poderosamente la atención al profeta de Bet-el y a sus hijos.

Nosotros también debemos aprender varias lecciones de la muerte del varón de Dios.

- No hay pecado que sea 'pequeño'; todos son serios, porque consisten en un acto de desobediencia al eterno Dios. La importancia del pecado no se mide por la acción en sí, ni por la persona que lo comete, sino por la grandeza del Dios a quien hemos desobedecido.
- Cada pecado que cometemos merece la pena de muerte. Si Dios no ejecuta Su juicio en forma inmediata, como lo hizo en este caso, no es porque no lo merezcamos, sino por Su misericordia. Cuando Él decide disciplinar a un hijo Suyo por algún pecado que comete, lo hace para su bien y para el bien de otros. ¡No hay nada caprichoso en el accionar de Dios!
- El caso de este hombre es parecido al de Jonás. Ambos desobedecieron y fueron juzgados por Dios, y en ambos casos, el juicio de Dios preparó el camino para la bendición de otros. El castigo de Jonás sirvió para salvar a muchas personas en Nínive; y la eternidad revelará a cuantas personas la muerte de este varón de Dios ayudó, provocando en ellos convicción de pecado y arrepentimiento. Afirmamos eso por lo que leemos en el v. 26, que dice que el profeta de Bet-el declaró: "*El varón de Dios es, que fue rebelde al mandato de Jehová; por tanto, Jehová le ha entregado al león...*". ¡Se imaginan la reacción de la gente en Bet-el al escuchar eso! Con razón Teodoreto de Ciro afirmó: "Porque si tomar alimentos en contra de la palabra de Dios, aunque no haya sido simplemente para complacer la carne, sino por culpa de un engaño, trajo un castigo tan severo sobre el varón de Dios, qué clase de castigo se esperaría para aquellos que abandonaron a Dios Su Creador y estaban adorando a imágenes inertes" (Teodoreto de Ciro).

A lo largo de los años, este incidente ha ayudado a muchos siervos de Dios a tener cuidado de no ir en contra de lo que Dios les mandó hacer; y de esa manera, aunque fue una muerte triste, tanto para el varón de Dios como para su familia, no careció de fruto espiritual para el bien del pueblo de Dios y para la gloria del Señor.

LA EXTRAÑA REACCIÓN DEL PROFETA DE BET-EL

TEXTO **1 Reyes 13:25-32**

El reporte del extraño suceso llegó a la ciudad de Bet-el y el profeta, al escucharlo, se dio cuenta que se trataba de la muerte del varón de Dios (v. 25). Reconoció que había muerto en cumplimiento de la Palabra de Dios, aunque pasó por alto su parte en el asunto, limitándose a decir: "*conforme a la palabra de Jehová que Él le dijo*" (v. 26b). ¡No quiso reconocer su parte en el anuncio de dicha palabra!

Dirigiéndose a sus hijos, les pidió que alistarán otro asno, indicando de paso que no era un hombre pobre (v. 27). Pero ¿cuál fue el propósito de su viaje? ¿Cerciorarse personalmente de lo sucedido o solo recoger el asno que le había dado al varón de Dios? No sabemos; pero lo que encontró fue "*el cuerpo tendido en el camino, y el asno y el león que estaban junto al cuerpo*" (v. 28). Al ver la escena, el profeta "*tomó el cuerpo del varón de Dios, y lo puso sobre el asno y se lo llevó*" (v. 29a). Fue un acto de compasión y misericordia. La Biblia no menciona más el león, así que no sabemos qué pasó con él. Quizá cuando llegó el profeta, el león se alejó, permitiendo al profeta recoger el cuerpo del varón de Dios. De no ser así, el profeta tuvo que ser muy valiente para recoger el cuerpo mientras el león estaba presente.

Lo más extraño es que lo llevó de vuelta a Bet-el "*para endecharle y enterrarle*" (v. 29b). Para sorpresa nuestra, "*puso el cuerpo en su sepulcro*" (v. 30a) y lo endechó, diciendo: "*iAy, hermano mío!*" (v. 30b). Esta expresión, sumado a los demás detalles, indican que un profundo cambio sobrevino al viejo profeta. Cambió de ser una persona mentirosa, capaz de engañar a un siervo de Dios, a alguien que se identificó con el varón de Dios y su ministerio (v.32).

¿A qué se debió este cambio? Indudablemente, tanto a la palabra profética que recibió de parte de Dios, como también al cumplimiento de dicha palabra. La revelación de Dios, más la muerte del varón de Judá, indicaron dos cosas con suma claridad, y de estas dos verdades, el profeta dedujo una tercera cosa importante.

1. **El varón de Judá era un verdadero siervo de Dios.** La forma en que el profeta le mintió y le hizo volver a Bet-el (vv. 11-19), señalaron que no creía que era un verdadero siervo de Dios, o por lo menos, no lo respetó como tal. Pero los eventos de ese día confirmaron que sí lo era, y eso impactó la mente y el corazón del profeta de Bet-el.
2. **El Señor juzgó al varón de Dios por su desobediencia.** Por lo tanto, no era difícil darse cuenta de que algo peor le podría suceder al profeta de Bet-el, no solo por haber mentido a un siervo de Dios, llegando a ser un pie de tropiezo para él, sino por estar viviendo en Bet-el y avalando el culto idolátrico de Jeroboam. ¡Era asombroso que Dios no lo había juzgado a él también!
3. **Por ser un verdadero siervo de Dios, el anuncio del juicio de Dios sobre la idolatría en Bet-el se cumpliría.** Esto quedó claro en la mente del profeta de Bet-el, por eso lo afirma categóricamente en el v. 32 ("*Porque sin duda vendrá lo que él dijo a voces por palabra de Jehová...*").

Fruto de este cambio en su corazón y mente, el profeta ordenó a sus hijos: "*Cuando yo muera, enterradme en el sepulcro en que está sepultado el varón de Dios; poned mis huesos junto a los suyos*" (v. 31b). No sabemos qué tenía en

mente al hacer este pedido, pero la relación que él hace con el cumplimiento de la palabra profética del varón de Dios en el v. 32 ("Porque...") indica que por lo menos no quería que sus huesos fuesen quemados sobre el altar idolátrico, tal como el v. 2b señala.

Como bien observa un comentarista: "De esta manera obró la Providencia divina, guiando todo en forma gloriosa, para que la destrucción del cuerpo de uno contribuyó a la preservación espiritual y eterna del otro".

Pero más que eso, la obra del Señor, tanto en la muerte del varón de Dios como en el cambio generado en el profeta de Bet-el, confirmó la palabra profética expuesta en el v. 2. Como señaló un antiguo comentarista: "Tantas cosas maravillosas ocurrieron ese día que resultaron en que la profecía contra el altar de Bet-el quedó preservada en la boca y en la mente de todos, destacando así la misión del varón de Dios. Por lo tanto, aunque el engaño del viejo profeta de Bet-el le causó mucha vergüenza, no lastimó a nadie excepto al varón de Judá que fue culpable de ser muy ingenuo. Es más, gracias a la providencia divina, la mentira de un hombre contribuyó a la proclamación y confirmación de la verdad" (H. Witsius).

Con justa razón el apóstol Pablo, al reflexionar sobre la soberanía de Dios en la salvación de los gentiles por medio del endurecimiento de los judíos, exclamó: "*Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondable son Sus juicios, e inescrutables Sus caminos!*" (Ro. 11:33).

EL DESENLACE DE LA HISTORIA A CORTO PLAZO

TEXTO 1 Reyes 13:33-34

Dios, en Su soberanía, rechazó a Saúl y escogió a David para ser rey de Israel. Prometió darle una dinastía perpetua, si él y sus descendientes anduvieran en Sus caminos. Pero, cuando Salomón se apartó de los caminos del Señor, Dios le quitó diez tribus y se las dio a Jeroboam. Lo interesante es que Dios le hizo a Jeroboam lo misma promesa que le dio a David: "*Y si prestares atención a todas las cosas que te mandare... como hizo David Mi siervo, Yo estaré contigo y te edificaré casa firme, como la edifiqué a David, y Yo te entregaré a Israel*" (1 R. 11:38). ¡Qué tremenda promesa! Fue un gran privilegio para Jeroboam. Pudo haber sido un segundo David.

Lamentablemente, aunque sabía la razón por la que Dios juzgó a Salomón, Jeroboam fue culpable de cometer el mismo pecado, inventando su propio culto e instituyendo sus propios sacerdotes y fiestas espirituales en desobediencia a la Palabra de Dios (1 R. 12:28-33).

La reacción de Dios no se dejó esperar. Envió al varón de Judá para anunciar el juicio de Dios sobre el culto del Reino del Norte (1 R. 13:2). Es interesante notar que Dios no anunció un juicio sobre Jeroboam mismo. La conclusión a la cual llegamos es que la acción predicha por el varón de Dios fue una medida disciplinaria, cuyo propósito era llevar a Jeroboam a la reflexión y al arrepentimiento. Con el propósito de animarlo a arrepentirse, y para que quede convencido de que era un verdadero mensaje de Dios, el varón de Judá anunció una señal que se cumplió instantáneamente – el altar idolátrico "se rompió" (1 R. 13:3, 5).

Jeroboam, en su ira, quiso arrestar al varón de Dios; sin embargo, cuando extendió su mano para prenderlo, “se le secó, y no la pudo enderezar” (1 R. 13:4). El impacto de la señal, combinado con la parálisis de su mano, obró un cambio en Jeroboam. Se humillo delante del siervo de Dios y pidió que éste orara por él. Leemos: “el varón de Dios oró a Jehová, y la mano del rey se le restauró, y quedó como era antes” (1 R. 13:6).

Dios sabía que el corazón de Jeroboam no cambiaría tan fácilmente, así que le dio una señal más – la señal de la muerte del varón de Dios. Recordemos que los profetas servían de señal para el pueblo de Dios (Is. 8:18; Ez. 12:11; 24:24). Por lo tanto, cuando el varón de Dios murió ese mismo día, por desobedecer el mandato divino, debió haber impactado mucho a Jeroboam. El texto no lo dice explícitamente, pero es indudable que el rey se percató de lo que le pasó al varón de Dios.

Esa es la implicancia de las primeras palabras del v. 33, “*Con todo esto...*”. Es decir, a pesar de la señal del altar roto, su mano paralizada y luego restaurada, y la muerte del varón de Dios en una forma tan dramática, leemos que “*no se apartó Jeroboam de su mal camino...*”. ¡Qué triste! El rey fue culpable de resistir las reiteradas manifestaciones de la gracia de Dios, que lo conducían al verdadero arrepentimiento. Como dijera el apóstol Pablo: “*¿O menosprecias las riquezas de Su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que Su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios?*” (Ro. 2:4-5).

Jeroboam, en lugar de apartarse de sus malos caminos, “*volvió a hacer sacerdotes de los lugares altos de entre el pueblo, y a quien quería lo consagraba para que fuese de los sacerdotes de los lugares altos*” (1 R. 13:33). Aquí vemos la evidencia de su corazón endurecido. Por lo tanto, “*la casa de Jeroboam... fue cortada y raída de sobre la faz de la tierra*” (v. 34). Jeroboam atesoró para sí mismo ira para el día de ira y la revelación del justo juicio de Dios.

Para los que aman a Dios, todas las cosas obran para bien (Ro. 8:28). El varón de Dios, a pesar de su fidelidad como profeta, desobedeció a Dios y fue disciplinado severamente. No obstante, a pesar de la severidad con la cual Dios lo trató, estamos seguros de que era un creyente, y por lo tanto cuando murió su alma fue a la presencia de Dios. El destino de Jeroboam fue muy diferente. A pesar de su reiterada desobediencia a Dios, siguió viviendo y reinó veintidós años (1 R. 14:20); pero su descendencia al final fue exterminada en una forma barbárica (1 R. 14:10-11), y cuando Jeroboam murió, tuvo que enfrentar el juicio eterno de Dios.

El varón de Dios fue honrado por las siguientes generaciones. No solo fue sepultado en la tumba del viejo profeta, sino que le hicieron un “*monumento*” para venerarlo (2 R. 23:17). En el estudio final veremos que Dios aún no había terminado con su cuerpo terrenal. A pesar de estar muerto, el varón de Judá hablaba todavía (Heb. 11:4), dando testimonio de la fidelidad de Dios.

EL DESENLACE DE LA HISTORIA A LARGO PLAZO

TEXTO 2 Reyes 23:15-20

Jeroboam comenzó a reinar por el año 930 a.C. La visita del varón de Dios debió ser durante los primeros años de su reinado. Él profetizó que un descendiente del rey David sacrificaría sobre el altar de Bet-el "a los sacerdotes de los lugares altos" y quemaría también los huesos de los ciudadanos de Bet-el (1 R. 13:2). Esta profecía se cumplió tres siglos después, cuando Josías estaba reinando en Jerusalén (640-609 a.C.).

Para esa fecha, el reino de Israel ya había sido conquistado por los asirios y las diez tribus de Israel fueron llevadas al exilio (2 R. 17). Pero Dios honró la palabra del varón de Judá, y se cumplió la profecía al pie de la letra. Tal como lo había predicho, el Señor levantó a un rey llamado Josías (1 R. 13:2), unas quince o diecisésis generaciones después del rey David. Él no solo implementó reformas espirituales en Jerusalén (2 R. 23:4-14), sino que fue hasta Bet-el y destruyó todo lo que quedaba de la idolatría en ese lugar (2 R. 23:15). Ejecutó a los sacerdotes falsos (2 R. 23:20), y sacó los huesos de los sepulcros para quemarlos sobre el altar de Bet-el, con el fin de contaminarlo (2 R. 23:16).

Mientras lo estaba haciendo, Josías se percató de un lugar particular en el cementerio y preguntó: "¿Qué monumento es este que veo?" (2 R. 23:17). Los de la ciudad le contestaron: "Este es el sepulcro del varón de Dios que vino de Judá, y profetizó estas cosas que tú has hecho sobre el altar de Bet-el" (2 R. 23:17). Dicha respuesta nos enseña varias cosas. En primer lugar, indica que el mensaje profético del varón de Dios seguía vivo en la mente de los lugareños. Trescientos años después de su muerte, todavía se acordaban de él y de su ministerio profético. Esto no se debe a la buena memoria de los ciudadanos de Bet-el, sino a la muerte extraña que el siervo de Dios padeció. Si el varón de Judá hubiera vuelto a su casa en obediencia a la Palabra de Dios, no habría muerto como leemos en 1 Reyes 13. No debemos minimizar o excusar su pecado; pero entendemos que Dios decidió disciplinarlo por su pecado en tal manera que fijó en la mente de los habitantes de Bet-el su mensaje profético por trescientos años, para que Dios sea glorificado por medio del cumplimiento de dicha palabra.

En segundo lugar, notemos que lo que la gente se acordó del varón de Dios no fue su pecado, sino su mensaje profético. No hay ninguna referencia a su desobediencia o a su muerte extraña. Al parecer, murió a una temprana edad; mucho antes que Jeroboam. No obstante, aunque la gente se acordó de los pecados de Jeroboam, los de Bet-el se acordaron del servicio que el varón de Dios rindió al Señor. Es mejor servir al Señor y morir en Su servicio, aunque sea por la disciplina de Dios, que vivir una larga vida entregada al pecado.

En tercer lugar, reflexionemos sobre la honra que el varón de Judá obtuvo. A pesar de no haber sido enterrado en el sepulcro de sus padres, que es lo que él, como buen judío, habría querido; no murió en deshonra y tampoco pasó al olvido. El viejo profeta, que lo había engañado, lo sepultó en su tumba (1 R. 13:29-30). Luego, en cumplimiento a su pedido, los hijos del viejo profeta enterraron a su padre en el mismo lugar, para que sus huesos estuvieran al lado de los huesos del varón de Judá (1 R. 13:31). En los siguientes años, se erigió un "monumento" para marcar la importancia de esa tumba¹. Dios le quitó la vida, pero no le quitó su recompensa. Si a pesar de haberlo disciplinado, lo recompensó en este mundo, icuánto más lo hará en la eternidad!

Cuando el rey Josías vio el "monumento" y se percató de quien estaba sepultado en ese lugar, dio una orden interesante: "Dejadlo; ninguno mueva sus huesos" (2 R.

¹ La palabra en hebreo indica algo conspicuo, que señalaba la importancia del lugar.

23:18). Dios, en Su misericordia, veló por el bienestar de sus huesos, avalando de esta manera el ministerio del varón de Judá. Por eso, el autor sagrado afirma: “*así fueron preservados sus huesos, y los huesos del profeta que había venido de Samaria*” (2 R. 23:18b). Eran los huesos del viejo profeta. Por su acto de generosidad hacia el varón de Judá, Dios lo recompensó, preservando sus huesos de ser calcinados sobre el altar de Bet-el.

Conclusión

Para muchos, la historia en 1 Reyes 13 es sumamente extraña, y al parecer, habría cierta injusticia en la muerte del varón de Dios y la supervivencia del viejo profeta que lo engañó. No obstante, un estudio detallado de la historia, más un poco de reflexión, revela varios datos interesantes que nos llevan a la conclusión que Dios hace todas las cosas bien.